

SUSANA CASADO
ANGEL A. DEL SANTO

Ecología y desarrollo: problemas dialécticos

Del 3 al 5 de noviembre de 1993, con motivo del VII Centenario de su fundación, la Universidad Complutense de Madrid organizó a través de su Club de Debate el primer foro internacional, titulado "Ecología y Desarrollo: escalas y problemas de la dialéctica desarrollo-medio ambiente". El foro respondía a la necesidad de concienciar a los ciudadanos de los países desarrollados sobre la degradación medioambiental actual y las posibles vías de desarrollo para contrarrestar coordinadamente esta amenaza global, y alcanzar una sociedad mundial viable.

El modelo de desarrollo actual en sus diferentes manifestaciones es el principal causante del deterioro del planeta. Esto es lo que rubricaron todos y cada uno de los destacados ponentes. Al final, el "eco" lógico del grito de la Tierra logró el consenso en un desarrollo sostenible. Pero éste se puede quedar en letras mojas si no sabemos trasladarlo a los gobiernos. Y aquí es donde radica el problema. ¿Cómo podemos pedir a los políticos que abandonen un modelo que ha permitido el crecimiento? En este sentido, los países no desarrollados imitan a los que han alcanzado un grado de desarrollo deseable, pero este camino supondría una destrucción absoluta del ecosistema si no evitemos los mismos errores.

Desde que la *troika* Thatcher-Reagan-Kohl fortalece el papel internacional del FMI y del Banco Mundial, se activa la producción y difusión de los trabajos de perfil monetarista-librecambista, y se recomienda a los países en vías de desarrollo que se abran al mercado sin cortapisas. Pero la apertura al comercio internacional, que inicialmente supone para esas economías poder obtener recursos alter-

Susana Casado y
Angel A. del Santo son
colaboradores del área
de Economía y
Sociedad del CIP.

nativos que por sí mismas no pueden generar, plantea una serie de problemas que la experiencia se ha encargado de demostrar. Así, la producción de bienes básicos es casi la única fuente de ingresos para estos países, pero sus precios se han visto reducidos, y ésto ha aumentado su deuda externa, capaz de frustrar sus legítimas aspiraciones al desarrollo al no cubrir sus proyectos de inversión y dejarles los bancos sin préstamos. Estas economías dependen de la importación de productos manufacturados para realizar su expansión industrial y satisfacer las mayores necesidades de consumo de sus habitantes, lo que les ha conducido a un déficit crónico de su balanza de pagos, ya que la demanda de bienes importados ha sido siempre superior a la capacidad del país de obtener ingresos por sus exportaciones. Para solventar esta situación, quedan abocados a explotar depravadamente sus reservas, lo que les ha llevado a un agotamiento paulatino de sus recursos naturales y a una disminución del crecimiento económico. La política restrictiva instigada por el FMI en la década de 1980, con austeras medidas fiscales y monetarias, no ha hecho sino agravar aún más la crisis en los países en vías de desarrollo y el crimen ecológico. Pero, ¿cómo podemos pedir que se respete el medio ambiente cuando ni los países que encabezan el desarrollo lo han hecho? ¿Con qué derecho lo hacemos si les negamos otra salida?

Amazonas, el gran ejemplo

La selva tropical del Amazonas continúa siendo sede de la más alta diversidad biológica con tal concentración de exuberancia vegetal que hace que exista un elevado índice de nutrientes y una alta acumulación de biomasa. Sin embargo, en los últimos 25 años se ha producido una degeneración muchas veces subestimada por necesidades políticas y económicas. Pero los hechos están ahí, el bosque atlántico ha desaparecido, el de la zona templada ha sido eliminado por la acción de los madereros, y respecto al bosque cerrado apenas se ha difundido su pérdida por no tener el mismo interés. Estos contienen alrededor del 80% de todas las especies de seres vivos del planeta y están desapareciendo a un ritmo de 21 millones de hectáreas al año. Un 95% de la población nativa ha sido eliminada, ya sea por enfermedades importadas o por la desintegración social. Las causas hay que buscarlas en los pequeños agricultores, la ganadería a gran escala, los experimentos agroforestales, el comercio de madera, proyectos hidrológicos y mineros, etc. Hacia 1960 comienza la construcción de carreteras, en concreto la transoceánica, que constituyó un gran fracaso ya que el quemado de enormes bosques y la liberación de carbono incrementó el efecto invernadero y además no llevó la salvación a la gran masa de pobres. La obtención de caoba continuó a pesar de ser más difícil su extracción que la del sureste asiático por tratarse de un árbol que no crece formando bosques de su misma especie, sino aislados, y ésto devastó aún más la selva. Se ha intentado desde entonces una explotación controlada de madera mediante su mercado, pero se ha tropezado con barreras como la corrupción de las instituciones. Este es un tema importante ya que éstas tienen el papel de "filtros, no sólo entre los individuos y el *stock* de capital, sino también entre el *stock* de capital y la actuación de la economía determinando el volumen de producción del sistema y la

distribución de la renta"; por tanto, un desarrollo institucional es vital para comprender un desarrollo económico.

¿Por qué debemos conservar el Amazonas? Porque es el único gran pulmón que nos queda, porque preservar la diversidad genética con su potencial farmacéutico puede salvar muchas vidas en el futuro, porque es la tierra natal de las tribus indígenas, porque el carbón almacenado en su vegetación es encomiable, y su influencia sobre el clima es directa. Razones sobran, intenciones faltan.

¿Devastamos la Tierra?

Los últimos 40 años han sido acelerados económicamente e industrialmente. Esto ha supuesto una dificultad añadida: el saber analizar y fijar los cambios acaecidos. Muchos de los sistemas empleados no han previsto su poder de destrucción sobre los ajustes milenarios tales como la descomposición de procesos naturales, el ciclo hidrológico, alteración de los suelos y cambios de diversidad biológica.

Se afirmó que el agotamiento de los recursos y el aumento de la contaminación son tales que estamos en los límites de tiempo para poder reaccionar a un futuro colapso. Todos coincidieron en llamar la atención sobre el crecimiento exponencial demográfico y la creciente dependencia del consumo de energía. La población humana podría duplicarse antes de 40 años y alcanzar los 11.000 millones, lo que nos puede conducir, si no se remedia, a los umbrales de la catástrofe. Se cifra que la población mundial aumenta en 92 millones de personas al año, lo cual plantea tensiones sin precedentes en la capacidad de resistencia biológica de la Tierra. Aún más, se prevé que para el 2025 se alcancen de 7 a 9,5 mil millones de habitantes, según estimaciones de la ONU. Pero, a pesar de la gravedad que se desprende si se tiene en cuenta que las 4/5 partes vivirán en los países subdesarrollados, a nuestro modo de ver el crecimiento no es la principal causa, sino su concentración; además, todavía persiste la polémica sobre si es o no un problema real. Aun así, cabe el argumento arriesgado de la preocupación inversa que sufren los países más desarrollados que ven como sus tasas de natalidad descienden y se produce un abarrilamiento de las pirámides de población, entonces ¿qué masa trabajadora apoyará su sistema? ¿No estaremos destacando la población como argumento para mantener la dependencia del Tercer Mundo sobre todo cuando el crecimiento demográfico ha dado la oportunidad de acelerar el desarrollo económico occidental?

Respecto a los recursos energéticos, todos coincidieron en señalar su pérdida tanto cuantitativa como cualitativa. Además se destacó el crecimiento exponencial de los sumideros. Los recursos renovables peligran al no calcularse su tiempo de reposición, sobre todo cuando no se reduce su producción hasta su extinción biológica. Esto también sucede con los no renovables, agravándose la situación al tener éstos una dinámica negativa en la que sólo cabe su sustitución por otras energías.

Aunque se han conseguido logros en la reducción de la contaminación como la prohibición del DDT y los clorocarbonos, y la creación de gasolinhas sin plomo, falta aún mucho camino para evitar el colapso porque, en primer lugar, se carece de personal que controle y ejecute medidas en el medio ambiente; además, pade-

En España se generan al año más de 2 millones de toneladas de residuos tóxicos peligrosos de los cuales sólo el 10% recibe el tratamiento adecuado.

ceмос ya una deuda ecológica –cada segundo el mundo industrializado emite una tonelada de gas tóxico– ya que, aún con su prohibición, emisiones anteriores de CFC permanecerán 80 años haciendo daño; y, por último, no se hace todo necesario al existir todavía residuos orgánicos que van directamente a la alcantarilla y de ahí al mar pudiendo ser semitratados. A este respecto en el gran Buenos Aires entre un 50 y un 70% de la población carece de alcantarillado. Sólo en España se generan al año más de 2 millones de toneladas de residuos tóxicos peligrosos de los cuales sólo el 10% recibe el tratamiento adecuado. De los aceites usados se generan cada año 250.000 toneladas de las que 200.000 van a la alcantarilla, teniendo en cuenta que un litro de aceite usado vertido al suelo contamina una superficie de 625 m², el hecho se agrava.

Hacia el desarrollo sostenible

Visto el panorama, lógico es sacar la conclusión del inminente riesgo de colapso de la humanidad, tanto de los países ricos como de los pobres, como resultante de las contaminaciones, la superpoblación, la criminal distribución de bienes entre países pobres y ricos, la extrema miseria de la quinta parte de la humanidad y la estallante presión migratoria. Por eso el Club de Roma afirma que el concepto de desarrollo del modelo OCDE es muy probable que colapse, porque está basado en la diosa “Crecimiento” devuelta a su pedestal tras la crisis petrolera del 73, que hizo abandonar el crítico análisis multidisciplinar de los *development studies* –objetivos e indicadores del desarrollo–.

Todos los participantes apostaron por un modelo de desarrollo sostenible a largo plazo. La Tierra no crece, se desarrolla sin crecer, evoluciona cualitativamente sin expandirse cuantitativamente, por tanto el crecimiento debe ser diferenciado del desarrollo. La economía debe en alguna escala adaptarse a ese mismo modelo de desarrollo sin crecimiento o desarrollo sostenible. Una economía de desarrollo sostenible es aquella cuya escala permanece constante en un nivel que no daña al medio ambiente más allá de su capacidad regenerativa, ni contamina más allá de su capacidad de absorción. El tamaño de esta economía vendría dado por la definición del óptimo, es decir, hasta que cada incremento adicional nos perjudique más de lo que nos beneficie.

Una distribución justa se logra a través de una política económica a base de impuestos y directrices. Este mecanismo debe ser llevado al medio ambiente y para ello habría que delimitar la propiedad de los bienes ambientales, después valorarlos, y por último ejecutar un sistema de permisos comerciables. En la contabilidad del PNB tampoco se tiene en cuenta el agotamiento de los recursos naturales, es más, en la balanza de pagos la tala de bosques es una deducción de capital natural en la exportación, y sin embargo se contabiliza como ingresos –madera–. Si cambiáramos ésto, muchos países tendrían déficit y ésto llevaría a una nueva política por parte del FMI. Ante todo tenemos que mejorar las señales e indicadores que nos dicen dónde estamos en relación a nuestros límites. Esto exige una mayor supervisión ecológica. A corto plazo, se debe minimizar la extracción de recursos no renovables ya que casi una cuarta parte de la energía utilizada la podemos obtener reciclando la existente. Habría que encarecer el precio de

los recursos hasta un nivel óptimo; ésto supondría la creación de mercados secundarios, que animaría a los países en vías de desarrollo. En el Tercer Mundo habría que equilibrar la población, en el Norte cambiar la cultura del consumo, y en los países del Este acabar con la tecnología sucia.

Es deseable que los sistemas de investigación que soporten este desarrollo reflejen los problemas reales y busquen soluciones específicas con transferencias tecnológicas determinadas, no a gran escala. Respecto al progreso tecnológico, la humanidad tiene que cambiar su dirección con un programa económico que cree puestos de trabajo. Asumiendo una cuatriplicación de la productividad, seríamos capaces de doblar la riqueza global, reduciendo a la vez la tensión sobre el medio ambiente por un factor de dos. Sin embargo, es más fácil eliminar puestos de trabajo que rentabilidad, pero este cambio de rentabilidad es necesario y debe ser ardua tarea de los políticos. Las tecnologías deben recordar los modelos tradicionales que sabían armonizarse con el medio ambiente y así conseguir un rejuvenecimiento de la biosfera.

En el plano ético, todo el análisis coste-beneficios está realizado antropocéntricamente, en costes para el hombre y no para el medio ambiente. Este debe abandonar ese centro, abandonar las enseñanzas competitivas de dominación sobre las fuerzas de la naturaleza, el mercado y del resto de los hombres para devenir en un humanismo ecológico. En este sentido el maestro Karl Popper, en *La sociedad abierta y sus enemigos*, nos recuerda que las Escrituras nos mandan amar a nuestro prójimo, y no a nuestra tribu. En definitiva, todos apostaron por una revisión y recuperación de los valores tradicionales, como el amor y la solidaridad. Recordemos que “el verdadero desarrollo no puede consistir en una mera acumulación de riqueza o en la mayor disponibilidad de los bienes y de los servicios, si esto se obtiene a costa del subdesarrollo de muchos, y sin la debida consideración por la dimensión social, cultural y espiritual del ser humano”.